



CHISTE GRACIOSO Y DIVERTIDO

DE

EL GALLEGO PREÑADO

*Chiste muy divertido
para reirse un rato
después de haber comido.*

A orillas de Ponferrada,
en un pueblo que no sé
cómo se llama, ni creo
que á nadie importa saber,
dónde se crían los nabos
como maderos de á diez
y coles de tal tamaño
que dan sombra á treinta y tres,
vivía Juan Falandeira,
el pastor del tío Andrés.

Era un farruco fornido
que cargaba de una vez
una carga de patatas
con el borrico también.

Sus cejas eran carnosas
y su espalda una pared
donde podía jugarse
á la pelota muy bien.

Su cabeza era tan grande,
señores, como un bajel,
y su pelo enmarañado
bosque parecía ser.

En fin, que era todo un bruto
si favor se le ha de hacer,
y además de bruto, tontó,
como ustedes podrán ver
por el chasco que le dieron
sus vecinos, una vez

que quisieron divertirse
y reirse mucho y bien.

Para alcanzar este objeto,
un día de cierto mes
cinco mozos de su pueblo
convidaron á comer
al pobre Juan Falandeira,
que comía como cien.

Vió el cielo abierto, pensando
cómo se iba á poner,
que para él la mejor gloria
era tragar y beber,
y mientras le fueran dando
á todo decía amén.

En un corralón sirvieron
la comida á aquellos seis,
y mientras los cinco amigos
aparentaban comer,
el horrico de Juanón
devoró en un santiamén
casi nada... una bicoca...
ahora lo van á saber.

Un barreño de patatas
sin sal, ajos, ni laurel;
un quintal de zanahorias,
otro de nabos también,
seis fanegas de bellotas
amargas como la hiel,
treinta kilos de judías
(¡cuidadito con oler!)
de berzas, coles, lechugas,
acabadas de coger,
veinticinco carretadas;
de habas otras dieciseis,
tres cahices de salvado,
y aún se manducó después
un cuarterón de tocino
de los cerdos de Avilés,
dos onzas de longaniza
y un panecillo francés.

Y aún decía él muy bórico:
—Pues esto que ustedes ven
es para abrirme las ganas,
que las perdí anteayer.

Mas no sé cómo sería,
pero es lo cierto que fué,
que se le hinchó la barriga
como si fuera un tonel
y fuertes retortijones
Juan empezó á padecer.

—¡Ay, ó ventre! no me deixa
descansar; ¿qué hacer?
en morro, en nún pueda

con eiste tormentu cruel.

Y pedía á grandes voces
le mataran de una vez
ó llamaran al albeitar
y lo examinaran bien...

Los demás desternillábanse
de risa á más no poder,
aquellos raros visajes
y contorsiones al ver;
pero uno de ellos, poniendo
una cara de pastel
por lo seria, y pretendiendo
muy caritativo ser,
le buscó un veterinario
que hablado estaba también,
y solícito acudió
sin un momento perder
con el acial, los trabones
y chismes de este jaez.

—Vamos á ver, ¿qué te pasa?
(le dijo con interés)
estate quieto, Juanón,
y no tires coces, ¿eh?
que te pongo los trabones
si me das mucho que hacer.
Voy á ver qué mal padeces,
y pronto en un dos por tres
ya verás cómo te curo
en menos que digo amén.

Le palpa, tienta, examina
vuelve á palpar otra vez,
le dice saque la lengua,
le toma el pulso con fe,
y con seria parsimonia
desempeña su papel.
Cuando el reconocimiento
acaba el hombre de hacer,
le dice con gravedad:

—¡Ay, Juanón! ¿Sabes que sé
tu padecimiento?
¿Sabes lo que te ha de suceder?
Estúpido, mal nacido,
que te has dejado perder
y estás de nueve meses preñado.
¿Cómo ha de ser!

¡Paciencia! y á lo hecho, pecho;
si estás deshonrado, es
necesario que te aguantes
lo que te venga después,
que no en balde en este mundo
se pierde la doncellez.

Quedóse Juanón atónito
sin saber qué responder,

con los ojos muy abiertos
y cara de estupidez.

Y el caso no es para menos,
sabía el hombre muy bien
que se hallaba virgen aún
de varón y de mujer,
y aunque no está muy seguro
de lo que la cosa es,
porque no entiende una jota
del mundo, duda al creer
que pueda estar de ese modo
sin haber tenido... pues...
lo que todo el mundo sabe
que es necesario tener.

Pero en fin, como el albeitar
es hombre de gran saber,
porque lee de corrido
y sabe sumar muy bien
y ha estado en Lugo y Orense...
¡vamos!... que diciéndolo él
será verdad lo que dice,
no hay que dudarlo, no, á fe.

Tal temblor le entra al pensarlo, que él lo sabrá agradecer.

tal miedo llega á coger,
que llora con desconsuelo,
rabia y no sabe qué hacer.

Pero entonces el albeitar
y los otros á la vez
le consuelan y le dicen:

—No tienes por qué temer,
y le prometen que el parto
breve y fácil ha de ser,
sin tener muchos dolores
como suele suceder.

Asimismo le prometen
que nadie lo ha de saber,
que ellos son buenos amigos
y en secreto se ha de hacer.

Y ya con estas promesas
tranquilo el bruto montes,
les dice que cuanto quieran
está decidido á hacer,
rogándoles solamente
que le asistan muy bien,
cuiden á la criatura
que él lo sabrá agradecer.

SEGUNDA PARTE

A las afueras del pueblo,
á un caserón aislado,
llevan á Juan Falandeira
á salir de su cuidado,
creyendo el imbécil cierto
su preñado imaginario.
Entre mantas lo conducen
perfectamente arropado,
y suda la gota gorda
muy tranquilo y resignado,
aunque las tripas le siguen
haciendo bastante daño.
Ya llegan, y en un pajar
depositan al cuidado,
que dice:—Queiró pariré
un rapaz que sea macho.
Mientras él grita y se queja
y otra vez se da á los diablos
deseando por momentos
verse ya con un muchacho,
que cree que va á parir
ya vestido y calzado,
con alforjas al hombro
llenas de tocino y nabos,

están los otros guasones
preparando un gran cacharro
con media arroba de aceite
para ayudarle al buen parto;
á un lado se ve un embudo
de fenomenal tamaño,
y al otro una lavativa
mayor que el eje de un carro.
Esto supondrá el lector
á qué objeto es destinado,
pero creo nada pierdo
porque me siga escuchando.
Una vez que tienen todo
ya dispuesto y preparado,
lo trasladan al pajar
y dicen:—Valor, muchacho,
que ya te llega el momento
de salir de tu cuidado.
Ya verás qué muchachón
más rozagante y más guapo
vas á parir, con montera,
con zamarra y con bombacho,
y sobre todo, Juanón,
ya verás qué perfumado;

pero tienes que estar quieto
y obedecer los mandatos,
que si no se perderá
y te irás al otro barrio.

Juan se pone en cuatro patas,
la cara de atrás al alto,
los pantalones caídos,
(ríete, lector, ¡qué cuadro!)
y llena la lavativa
de aquel sustancioso caldo,
le sueltan al parturiento
un tremendo cañonazo,
que le hace ver las estrellas,
pero se queda achantado.
Le dicen luego á Juanón
que se vuelva al otro lado
para darle por la boca
otra tacita de caldo,
y metiéndole el embudo
hasta el gáznate, ¡qué chasco!
le hacen tragar á la fuerza
media arrobita de un trago.

Era de ver los visajes
y aquellos gestos tan raros
que hacía, más con paciencia
lo sufría resignado,
mientras los otros la risa
iban con pena aguantando.

Pero de pronto Juanón
en pie se pone asustado,
y dice:—Llegó la hora,
¡ay, amigos, que ya parol!
Y los otros, que suponen
lo que va á ser aquel parto,
sácanle afuera enseguida
diciéndole que en el campo
es más cómodo el parir,
y le sacan arrastrando;
y una vez puesto en su sitio
ellos se apartan á un lado,
tapándose las narices
y corriendo á todo trapo,
para que no les cayera
sobre ellos aquel chubasco.

Cuatro días sin cesar
pariendo estuvo Juanazo,
y los campos parecían
como un río desbordado.

El infeliz se encontraba

de una colina en lo alto,
y á voces pedía auxilio
cuando había terminado,
pues de sustancia olorosa
se encontraba rodeado
cuatro leguas en contorno,
sin que sea exagerado.
Acudieron enseguida
de los pueblós comarcanos
hombres mil, que aun siendo rudes
de gustos no refinados,
de mil variadas esencias
tenían que ir preparados.

Al ver á aquel infeliz
sobre un cerro colocado,
que pedía le librasen
de perecer ahogado,
se echaron á discurrir
sin hallar medio apropiado,
hasta que al fin el barquero
de un gran río cercano
propuso traer la barca
y atravesar aquel lago,
lo que pudieron lograr,
aunque con mucho trabajo,
sacando á Juan Falandeira
dieciseis hombres remando.

Como es natural, trataron
de aprovechar entre varios
aquella buena sustancia
para estercolar los campos,
y con carretas de bueyes
y con volquetes y carros,
cada uno para sus tierras
la fueron acarreamdo.

Mil cuatrocientas fanegas
de tierra estercolaron,
y aquel año la cosecha
hubo de mejorar tanto,
que para un siglo lo menos
sus frutos almacenaron.

Este fué, lectores míos,
el tan celebrado parto
del pobre Juan Falandeira,
bruto, tonto y mentecato.

Y si alguno me dijese
que es un cuento exagerado,
que lo pregunte á mi amigo
huele y chupa, que está blando.

FIN

MADRID.—Imprenta Universal, Cabestreros, 5.